

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: AIRE, 32

No se devuelven los originales

La guerra y el catolicismo

Una de las cuestiones que más veces se ha planteado entre germanófilos y francófilos, es la cuestión del catolicismo. Los católicos franceses se quejan de la actitud en que se han colocado casi unánimemente los Españoles—y los de todos los países neutrales—¿Por qué, dicen, siendo Francia «la primogénita» de la Iglesia, la que ha luchado tanto por la fe en las cruzadas, en misiones, en los campos de la filosofía, de la apologetica y de la literatura, los católicos españoles prefieren el triunfo de Alemania, en su gran mayoría protestante y cuya filosofía ha servido a tantos para combatir a la Iglesia?

Aunque la lucha que mantienen las Potencias Centrales con las de la periferia de Europa no es teológica y en ella no se ventila el triunfo de la religión, algo habrá en el fondo de este pleito, algo se ventilará que más o menos tenga que ver con la religión, especialmente la católica, cuando en los países católicos neutrales—y algunos que hoy están en guerra, por ejemplo Italia—con tan rara unanimidad los católicos desean el triunfo de Alemania y los anticatólicos el de Francia. Porque con la misma lógica podría preguntarse: ¿Por qué los liberales y anticatólicos desean el triunfo de esa Francia tan católica y la derrota de esa Alemania tan protestante y de tan libres filosofías?

La cuestión debe plantearse en otra forma más concreta y más ajustada a la realidad. No debe mirarse a lo que fueron esas naciones, sino a lo que son y a lo que son como pueblos y como Estados. Francia fue «la primogénita de la Iglesia», título que le dió un Romano Pontífice con razón, aunque no con razón absoluta, puesto que siglos antes que Francia fue católica gran parte de Italia. Empezó las grandes cruzadas por la conquista del santo Sepulcro y llevó a cabo grandes empresas en favor de la Iglesia... y en provecho propio. También Alemania fué el brazo secular, y su Emperador la mitad de la Iglesia, mientras existió el Sacro Romano Imperio, y también tuvo sus cruzadas, en una de las cuales murió Barbarroja de manera trágica. Pero esas son cosas que fueron, como fueron, aunque daren todavía, y, por otro lado, la Reforma protestante, y, por otro, la Revolución.

Los católicos españoles, sin olvidar lo pasado, en esta ocasión suprema tenemos los ojos puestos en lo presente y en lo porvenir, en lo del inmediato ayer en lo de hoy y en lo de mañana, y sabemos que todo esto nos afecta y afecta a la Iglesia profundamente. Nosotros, antes que todo y sobre todo, tenemos un santo, instintivo y consciente

horror a la libertad y la francesa, sobre todo en materia de religión, porque sabemos que la libertad jacobina significa persecución, arbitrariedad e injusticia. Y no deseamos el triunfo de Francia, porque si la Francia atea y jacobina triunfara, triunfaría en todos los países católicos esa libertad.

Nosotros sabemos que la famosa unión sagrada, que ha hecho que los católicos franceses hayan olvidado el ayer, el hoy y se imaginen ilusiones para el mañana, no es más que otra de tantas nobilísimas ilusiones de los católicos franceses y fruto de un sentimiento muy arraigado en el corazón, de todo francés: «Lo primero es la gloria de Francia». Nosotros admiramos y ensalzamos otro patriotismo; pero los franceses debieran considerar que los españoles no podemos confundir la gloria de Francia con el triunfo de la Iglesia y la defensa de nuestra religión. *Nosotros sabemos que al día siguiente de la guerra—y aun en plena guerra—levantará más furioso que nunca su cabeza el jacobinismo francés, y sabemos también que si venciera Francia, con sus instituciones, es decir, la Francia republicana y atea, única nación de Europa que no tiene representante en Roma, no esto habrían vencido con ella en Francia el ateísmo y el jacobinismo en el Estado, sino en el pueblo, y no sólo vencerían en Francia sino en todos los países católicos, y especialmente en nuestra España.* Y es natural que sea así, porque el esfuerzo de los católicos en favor de su patria sería considerado como el cumplimiento de un deber de ciudadanos; pero el Estado, republicano y tal como ha sido hasta hoy, reclamaría toda la gloria para sí.

Véase, pues, con cuánta razón somos germanófilos los católicos españoles, como católicos únicamente, porque como españoles tenemos también para serlo otras razones muy hondas, y que hoy no hacen al caso. Y la razón de nuestro santo horror a esa libertad es de muy sencilla explicación. Hay en nosotros, los católicos, un ideal supremo: el triunfo de la Iglesia; de su doctrina, de su fe, sobre todos los países de la tierra; es decir, el ideal de que las enseñanzas del Evangelio y el suave yugo del catolicismo impere, como un ideal de justicia y de verdadera libertad. Pero amén de ese ideal supremo, difícilmente asequible y hoy imposible de conseguir, tenemos uno más modesto, que se confunde con nuestros derechos y nuestros deberes de ciudadanos: tenemos el ideal de nuestra libertad.

Queremos libertad, la libertad verdadera, la que consiste en que se nos respeten de veras nuestros derechos y no se los atropellen en nombre de una ciencia o de un progreso o de una civilización que no tienen derecho a

privarnos del derecho de adorar a nuestro Dios y enseñar a nuestros hijos a adorarlo, congregarnos en nuestros templos y predicar nuestras doctrinas, refugiarnos en nuestros monasterios y servir al prójimo en asilos y hospitales. Queremos que las leyes nos concedan esa libertad y que no sólo nos la concedan, sino que la hagan respetar, pues consideramos que son más libres los católicos que en países protestantes gozan de una libertad limitada hasta llegar a ciertas exteriorizaciones, pero que dentro de esa libertad tienen garantizados sus derechos, que los católicos que en países católicos gozan de una libertad a cada paso trabada por las arbitrariedades de una minoría de ateos jacobinos. Queremos, finalmente, que nuestro Estado reconozca a Dios y que nos rija y mande en nombre de Dios y como representante de Dios, único derecho que puede invocar la autoridad de los derechos para mandar y regir a los hombres.

A nosotros nos merecen gran respeto los Estados, protestantes o oímáticos, que reconocen a Dios y le invocan y en el nombre de Dios mandan y gobiernan, y nos merece toda clase de desprecios y consideramos tiránico al que, blasfemando o no de liberal y de defensor del derecho y la justicia, menosprecia la autoridad de Dios, gobierna por sí y ante sí, y desconoce a Dios. Ese Estado para nosotros es tiránico, es ridículamente tiránico, es la bafa y escarnio de la autoridad, pues entendemos que no tiene el hombre derecho a mandar a otro hombre y menos a los pueblos si no es en nombre de Dios y como representante de su autoridad sobre los hombres.

Por esto nosotros, los católicos, cuando oímos que el Emperador de Alemania invoca el origen divino de su autoridad y habla en nombre de Dios a su pueblo, no nos reímos ni le acusamos de visionario o de orgulloso, como estúpidamente lo hacen los vasallos del Estado sin Dios, sino que consideramos muy honrado al pueblo regido por un monarca que así habla y así obra. Únicamente los vasallos a quienes se habla y se gobierna así, pueden considerarse libres; los demás no, pues ese es el verdadero principio de la verdadera libertad. A nosotros nos sacude una oleada de entusiasmo y un escalofrío de grandeza, cuando leemos las frases que en nombre de Dios dirige alguna vez el Emperador de Alemania a su pueblo o cuando el Presidente de la república norteamericana abre el Parlamento en nombre de Dios, y no podemos disimular el movimiento de desprecio y de asco que nos causa oír en el Parlamento francés a un monsieur Vaillant, ministro de la república, diciendo que ésta apagará las «luminarias del cielo». Vanidad y necedad todo en una pieza.

Si no hubiera todavía más, estas razones nos bastarían para no desear el triunfo de una República que hace profesión de ateísmo. ¿Qué nos importa que la Francia de las Cruzadas fuera la «primogénita de la Iglesia» si ha vendido su primogenitura a los Vaillant, a los Combes y a los Caillaux?

ÁNGEL RUIZ Y PABLO

Escenas de la guerra

¡Al fin, iguales!

Juntos cayeron en la lucha brava,
entre el fragor de la metralla impía:
el uno, la trinchera defendía,
rudo el otro, con furia la atacaba.

Les igualó la Muerte que acechaba,
que unió sus cuerpos en la arena fría,
y acaso, sonó un beso en la agonía,
beso santo de amor, que perdona.

La Muerte es noble y el agravio olvida;
ya no sigue en sus ojos la amenaza,
ni alienta en su alma el ímpetu homicida:

bravos guerreros de distinta raza,
fiera y cruel, les encontró la vida;
¡la Muerte, más piadosa, les abrazó!

CERILLO BENITEZ

Villadarias ante Gibraltar

Era una herida que el alma española padecía con la pérdida de Gibraltar. El Peñón, en el que la gran Reina Isabel recomendó tanto en su testamento que no se dejara perder porque de él dependían las mayores empresas del porvenir, había caído en manos de los ingleses, y a todos los que tenían en su corazón arraigado el amor a la Patria, causaba el hecho indignación profunda.

El Marqués de Villadarias quiso recuperar la plaza, contando con su armamento y con el de los soldados españoles que, a toda costa rechazaban, al igual que la opinión pública, la venganza de la ofensa infligida por los hijos de Inglaterra poniendo en un pedazo de nuestro suelo una bandera que no era la nuestra.

Mas el empeño de Villadarias era inútil. Los ingleses, prevenidos contra probables acontecimientos, fortificaron la plaza hasta colocarla en condiciones de ser en aquellos tiempos completamente inexpugnable.

El sitio se emprendió por parte de los nuestros, pero la estación invernal no era la más a propósito para lograr el intento, sobre todo si se tiene en cuenta que los británicos reforzaron su guarnición con unos miles de hombres. Las lluvias deshacían las trincheras de los nuestros, y las enfermedades diezmaban al ejército. Allí se consumían inútilmente hombres y material de guerra. Villadarias no desistió, sin embargo, de la temible empresa, y la continuó valerosa y energicamente.

Felipe V recibió por entonces pla-